

tasía popular, que esperaba ver surgir inmediatamente acontecimientos extraordinarios. No obstante, los políticos los apreciaron como prenda de paz y no cual síntoma de guerra. El periódico *El Nord* emitió el siguiente juicio: «Si antes era de temer que Francia, en su legítimo orgullo de gran potencia, experimentara la tentación de encabritarse bajo el freno de una paz impuesta y, por decirlo así, coercitiva, hoy que no se siente sola, cooperará con alegre y libre espontaneidad al mantenimiento de la estabilidad.» La opinión de los gobiernos fué casi la misma. En el parlamento austro-húngaro, el conde de Kalnoki, después de decir que creía más firmemente que nunca en la conservación de la paz, declaró que, á su juicio, no había ocurrido ningún cambio en la situación de Europa. El nuevo canciller de Prusia, Caprivi, que acababa de suceder á Bismarck, habló «de la restauración del equilibrio europeo», mitigando con estas palabras el mal efecto producido por un brindis indiscreto del emperador Guillermo II y del cual su autor pareció arrepentirse, pues modificó su contexto, al corregirlo, antes de entregarlo de lleno á la publicidad. Francia, por su parte, esforzóse en hacer resaltar el carácter pacífico de su amistad con Rusia. Freycinet, en el discurso que pronunció en Vandeuvre, al terminarse unas maniobras militares en que figuraran ciento veinte mil hombres, expresóse de esta manera: «Nadie duda hoy que seamos fuertes; probemos que somos prudentes»; y Ribot dijo, con ocasión de inaugurarse en Bapaume el monumento elevado al general Faidherbe: «Traemos una garantía necesaria al equilibrio general. Nuestro único mérito consiste en haber continuado la labor de nuestros antecesores, y quizá en haber comprendido que era llegada la hora de dar á sus esfuerzos la sanción que el país les había ya otorgado.» Seguramente, si Bismarck hubiese seguido rigiendo la política de Alemania, se habría opuesto con todas sus fuerzas á la aproximación de las dos naciones. «Mientras sea el amo, había dicho al conde de Saint-Vallier, no permitiré á Francia aliarse con Rusia. No me resignaré á estar entre dos enemigos.» Es difícil presumir de qué medios se habría valido para salir adelante con su empeño; pero todo era de esperar de su fecunda inventiva.

La palabra *alianza*, para designar el pacto establecido entre el imperio de los Czares y la República francesa, se empleó por primera vez en la Cámara de representantes por Hanotaux, el diez de Agosto de mil ochocientos noventa y cinco, no habiendo modificado en nada la muerte de Alejandro III la situación recíproca de Francia y Rusia. El viaje del emperador Nicolás II y de la emperatriz Alejandra Feodorovna á Francia, el del presidente Félix Faure á San Petersburgo, y otros actos de cortesía y nuevos servicios cambiados entre los dos países, han revelado que la inteligencia subsiste, cordial y duradera.



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

Guillermo II de Alemania.—Estabilidad de la República francesa.—La política rusificadora de Alejandro III y Nicolás II

FEDERICO III, el hijo primogénito del emperador Guillermo, gozaba de muchas simpatías y había despertado grandes esperanzas entre sus compatriotas por su inteligencia, su valor y sus nobles prendas de carácter, además de parecer tener sentimientos ó ideas liberales. Desgraciadamente, cuando subió al trono estaba agonizando. Había nacido en mil ochocientos treinta y siete, y en las guerras titánicas sostenidas por su padre, mandó ejércitos y la victoria le coronó con sus laureles: en Koniggrätz, su oportuna llegada al campo de batalla decidió la suerte del combate; en Wærth y en Sedan, batió á Mac-Mahón. Desde la conclusión de la última guerra, vivía si no en desgracia, bastante alejado de los negocios, á pesar de ejercer el cargo de inspector de los ejércitos del Sur y el de presidente del Consejo de Estado: quizás el viejo emperador desconfiaba de las ideas liberales que se le atribuían y de su afición á las personas y cosas de Inglaterra. Su esposa, hija de la reina Victoria, había sido educada por sus padres en las costumbres parlamentarias de su país. Federico la amaba con ternura casi humilde, y se sometía gustoso á su influencia. La terrible enfermedad que condujo en breve al sepulcro al nuevo emperador, se le había presentado en mil ochocientos ochenta y siete. Un año antes, en las fiestas de la Universidad de Heidelberg, que celebraba el quinto centenario de su fundación, entusiasmó á los presentes con su gallarda apostura y el encanto de su palabra; pero poco después enronqueció y, en el acto solemne de felicitar á su padre el día que cumplía noventa

años, no pudo hablar en público. Buscó alivio á su dolencia, sin encontrarlo, en las aguas de Ems, y al fin, los médicos alemanes diagnosticaron el mal de cáncer laríngeo, aconsejándole que se operara. La princesa se opuso, alentada por el doctor inglés Mackenzie. Federico residió una temporada en las orillas del lago, Como y en San Remo; fué en vano; la enfermedad hizo rápidos progresos, y en Febrero de mil ochocientos ochenta y ocho hubo necesidad de practicarle la traqueotomía, para impedir la asfixia. Cuando subió al trono era un cadáver, cuya posesión se disputaban los partidos. Al principio pareció que iban á triunfar los enemigos del canciller de hierro, viendo que se concedían cruces á algunos liberales, como Bennigsen, Virchov y Forckenbek: este último pasaba por ser el confidente más íntimo del príncipe y se anunciaba su próximo advenimiento al poder. Puttkamer, el ministro reaccionario, se retiró á consecuencia de un voto del parlamento censurando la intervención de las autoridades administrativas en las elecciones. Creyóse que se abría una nueva era. Sin embargo, Bismarck se desquitó en los asuntos exteriores, oponiendo su veto al proyecto de matrimonio que la reina Victoria favorecía, al decir de las gentes, de Battemberg con la hija primogénita de Federico. Este enlace hubiese sido considerado por el Czar como una ofensa personal, y el emperador rehusó su consentimiento. También, habiéndose promovido en Belfort alborotos y pendencias, con motivo de la visita que hicieron á dicha ciudad algunos estudiantes alemanes, autorizó al canciller para adoptar medidas rigurosas contra Francia: ordenó que se exigiera el pasaporte á todos los viajeros que entraran en Alemania por aquel lado, y levantó con sus disposiciones restrictivas una especie de muralla de la China en la frontera de la Alsacia. Algunas semanas después, exhaló su último aliento, llevándose consigo al sepulcro, dice E. Denis, las esperanzas de toda una generación, de aquella que, nacida hacia mil ochocientos cuarenta, amaba la libertad y rendía culto á las instituciones parlamentarias.

La corona, que el infortunado Federico apenas había calentado en su cabeza, según la frase de nuestro romancero, pasó á las sienes de Guillermo II, primogénito del difunto monarca. El joven emperador contaba escasamente veintinueve años. A lo que parece, sus preceptores Hintzpetter, el general Stolberg, Stöcker y el general de Walderssee habían procurado principalmente desarrollar en él el sentimiento místico de su misión real. Los nombres mágicos de Sadowa, de Spiekeren, de Metz, de Sedán, de Paris, resonaban constantemente en sus oídos. La grandeza de Alemania había exaltado su patriotismo, y adoraba la fuerza, le embriagaban los ejercicios militares y profesaba una admiración sin límites á su abuelo, el viejo emperador. En su elocuencia altisonante, en sus caprichos y extravagancias, en sus pujos románticos, en sus repentinas resoluciones, tenía, sin embargo, más puntos de contacto con otro antecesor suyo, con Federico Guillermo IV. Muy vivo, muy activo, muy ambicioso, sintiendo febril impaciencia por des-

lumbrar al mundo con sus iniciativas, no tardó en serle insoportable la rígida tutela de Bismarck. Separándose, pues, de la opinión del canciller, no quiso renovar un tratado secreto celebrado en mil ochocientos ochenta y cinco con Rusia, por el que las dos potencias se prometían aún su neutralidad benévola, en caso de guerra, y convocó una conferencia internacional para mejorar la condición de los obreros. El príncipe de Bismarck comprendió que el poder se le iba de entre las manos y, convirtiéndose tardíamente al parlamentarismo, trató de abroquelarse con la autoridad del *Reichstag*: también exhumó una orden de Federico Guillermo IV, en cuya virtud las relaciones entre el monarca y sus ministros debían ser reguladas por el presidente del Consejo. El emperador, como para vengarse, le negó el derecho de negociar con los jefes de los partidos parlamentarios, y una mañana presentóse en su casa muy temprano, para reprocharle sus entrevistas con Windthorst. No se juzgaba Bismarck, con todo, en inminente peligro; mas su confianza era ilusoria. Á los cinco días de haber recibido la visita de Guillermo II, el veinte de Marzo de mil ochocientos noventa, veíase compelido á dimitir, y el veintinueve abandonaba la capital, en medio de las aclamaciones tumultuosas del pueblo, que, olvidando en aquel instante legítimos agravios, sólo recordaba la deuda de gratitud que Alemania había contraído con el eminente político y gran patriota. Bismarck no soportó resignadamente su desgracia, y sus órganos en la prensa perseguían sin cesar con sus censuras y sarcasmos á los Marshall, los Bötticher, los Caprivi, que fraguaron su caída y recogieron su sucesión. Desde su retiro de Friedrichsruhe, seguía atentamente el curso de la política, y más de una vez, su homérica risa resonó en la corte con fragor de trueno. El emperador, á quien molestaba la oposición del hombre que á los ojos del mundo entero continuaba siendo el gran alemán, procuró en cierto modo desagraciarle en mil ochocientos noventa y cuatro y mil ochocientos noventa y cinco; pero la hostilidad de Bismarck subsistió, y todavía, cuando murió, el treinta y uno de Julio de mil ochocientos noventa y ocho, al duelo del país mezclóse la preocupación del gobierno, sobre el cual dejaba pendiente la amenaza de sus memorias póstumas.

La política germánica, desde la retirada de Bismarck, adolece de cierta falta de fijeza, que ha deparado frecuentes sorpresas á Europa y no sabemos cuáles les reserva en el porvenir. El emperador, alternativamente, patrocina reformas en favor de los obreros y combate sin piedad á los socialistas; halaga á Inglaterra, ó la mira con el ceño fruncido; sonríe á Francia y, á lo mejor, empuña el clarín guerrero como para dar la señal de ataque; celebra con las naciones vecinas tratados de comercio y ofrece su protección al partido agrario. No falta quien compare la situación actual con la de principios del siglo que historiamos, cuando, todas las mañanas, Europa leía el diario oficial de Francia para conocer la voluntad despótica y tornadiza de Napoleón. Por fortuna, los tiempos son otros, y la necesidad de paz y libertad y el sentimiento del derecho, sin

anular del todo la arbitrariedad y el capricho de los soberanos, los contienen en límites más reducidos.

El primer sucesor de Bismarck fué Caprivi, italiano por su origen y militar distinguido, que desempeñando el cargo de inspector general de la armada, había tomado parte muy activa en la creación de la flota alemana. Caprivi, aunque novicio en las luchas parlamentarias, estaba admirablemente dotado para ellas; sin embargo, prefirió desarmar á los partidos con su lealtad y su moderación, á empeñar porfiadas contiendas para someterlos á sus miras. Al día siguiente de la dimisión de Bismarck, Guillermo II había declarado que se proponía seguir la línea de conducta que estaba trazada de antemano: en realidad, se abrió una era nueva. Los nacionales-liberales se congratularon de ver al gobierno reanudar la política de los tratados de comercio. El partido del centro se mostró satisfecho con la admisión de los redentoristas en el imperio y la exclusión del servicio militar concedida á los seminaristas católicos. La ley contra los socialistas, que expiraba aquel año, no se prorrogó. Las severas medidas dictadas contra los polacos y los alsacianos se derogaron y mitigaron. Resultó, pues, que los ánimos perdieron su tensión, las pasiones amainaron y sobrevino una calma saludable.

Sin embargo, la intervención intermitente del emperador en los problemas políticos era un factor indeterminado, con el que no se contaba, como tampoco se habían tenido en cuenta las exigencias nacidas al amparo del proteccionismo, exacerbadas y agravadas por las rivalidades de doctrinas. Así, estándose discutiendo en mil ochocientos noventa y dos una ley, cuyo objeto era restablecer las escuelas confesionales y restituir al clero la inspección escolar, Guillermo II abandonó y casi desautorizó á Caprivi. Ofreció el canciller su dimisión al emperador, el cual, si bien negóse á aceptarla, reemplazó á aquél, en la presidencia del Consejo de ministros de Prusia, con el conde de Eulemburgo, que era uno de los jefes más significados de la reacción. En mil ochocientos noventa y tres, el *Reichstag* rechazó un nuevo aumento del ejército, y en las elecciones del mismo año, los socialistas obtuvieron muchos más votos que en todas las anteriores. Los enemigos de Caprivi quisieron hacerle responsable de la insubordinación del parlamento y de los progresos del socialismo. Caprivi no se arredró. Los proteccionistas habían fundado la Liga de los agricultores, que metía mucho ruido, cobijándose bajo su bandera casi todos los conservadores, parte del centro y el partido de la *reforma social*, que disfrazaba con este nombre simpático sus miras interesadas y egoístas. A pesar de la arrogancia de los ligeros y del vocerío que armaron, el parlamento aprobó el tratado de comercio con Rusia el diez y seis de Mayo de mil ochocientos noventa y cuatro. Los proteccionistas perdieron la batalla por causa de sus mismas exageraciones: sus ataques al monometalismo, el proyecto de Kanitz reservando al Estado el monopolio en la importación de cereales, las medidas contra las operaciones de Bolsa, en fin, reobraron sobre la opinión, á

modo de revulsivo, y movieron á la mayoría de la Cámara á agruparse en torno de Caprivi. El partido agrario, no obstante, pudo consolarse de haber perdido las simpatías del país, conquistando las del emperador.

La distinta manera como se eligen en Alemania el *Reichstag* y el *Landtag* prusiano, se presta á peligrosas complicaciones. El *Reichstag* es producto del sufragio universal, directo y secreto: el *Landtag*, por el contrario, se nombra por sufragio restringido, público é indirecto. La influencia de los conservadores es incontrastable en este último, y los muchos terratenientes que figuran en él obligan al gobierno á contemporizar con ellos. Por tal razón, la lucha entre liberales y reaccionarios amenaza convertirse á cada momento, en Alemania, en conflicto entre el imperio y Prusia. Las personas que rodeaban á Guillermo II minaron el terreno á Caprivi, y el asesinato de Carnot, ocurrido el catorce de Junio de mil ochocientos noventa y cuatro, fué tema que explotaron con fruto cuantos acusaban al canciller de complacencia para con los revolucionarios, ó de ligereza y falta de previsión. En un discurso pronunciado en Königsberg, el emperador dió el toque de alarma, conjurando á la nobleza á estrechar sus filas para combatir á los enemigos del orden y la religión. Los conservadores se apresuraron á hacer fervientes protestas de su adhesión incondicional. Tanto celo era sospechoso. Eulemburgo presentó un proyecto legislativo, encaminado á reprimir duramente las maquinaciones subversivas. Caprivi, que no juzgaba necesario extremar tanto el rigor, logró atenuar su severidad. Fué su último triunfo: el veintinueve de Octubre del citado año, el príncipe Clodomiro de Hohenlohe le reemplazó en la cancillería del imperio. Guillermo II, sin embargo, no prescindió de sus servicios, llamándole á sustituir á Eulemburgo en la presidencia del gabinete de Prusia. Con la retirada de Caprivi, la política alemana inclinóse á la derecha; pero Hohenlohe, cuyo carácter, antes impetuoso, se había templado al influjo de los años, no alentó á los agitadores, que sólo soñaban con golpes de Estado, sin contar con que el emperador debió refrenar su impaciencia, á fin de no herir de frente el sentimiento público, y con que de los dos grupos que componen la derecha, el de los protestantes ortodoxos, de ideas ultra-conservadoras, y el del centro católico, este último, aleccionado por la experiencia, no está dispuesto á renunciar á las garantías que le ofrecen las instituciones constitucionales. Por efecto de estas circunstancias combinadas, la evolución política, en sentido reaccionario, operóse con lentitud en Alemania, no retrocediendo los liberales sino paso á paso y logrando á veces algunas ventajas parciales. A pesar de todo, la evolución se consumió, propagándose del centro á los diferentes Estados. En Sajonia, el miedo á los socialistas, que tenían catorce representantes entre los ochenta y dos miembros de la Dieta, llevó al gobierno á implantar el sistema electoral prusiano; y en Baviera, el ministerio, haciendo causa común con los ultramontanos, aseguró su triunfo en los comicios. Los partidos feudal y agrario, para vencer las últimas resisten-